



# Homilías

P. Félix Castro Morales

Sacerdos

**#150**

JULIO

AGOSTO

SEPTIEMBRE

**2023**



*Estamos con el Espíritu de Jesús, o con el espíritu del mundo. El Papa en el Ángelus*

La liturgia del día nos presenta las últimas líneas del discurso misionero del capítulo 10 del Evangelio de Mateo (cf. 10,37 a 42), con el que Jesús instruye a los doce apóstoles, en el momento en que por primera vez los envía en misión a los pueblos de Galilea y Judea. En esta parte final, Jesús subraya dos aspectos esenciales para la vida del discípulo misionero: el primero, que su vínculo con *Jesús es más fuerte* que cualquier otro vínculo; el segundo, que *el misionero no se lleva a sí mismo, sino a Jesús*, y a través de Él, el amor del Padre Celestial. Estos dos aspectos están conectados, porque cuanto más Jesús está en el centro del corazón y de la vida del discípulo, más este discípulo es "transparente" a su presencia. Van juntos, ambos.

«El que ama a su padre o a su madre más que a mí, no es digno de mí...» (v. 37). El afecto de un padre, la ternura de una madre, la dulce amistad entre hermanos y hermanas, todo esto, aun siendo muy bueno y legítimo, no puede ser antepuesto a Cristo. No porque Él nos quiera sin corazón y privados de reconocimiento, al contrario, sino porque la condición del discípulo exige una relación prioritaria con el Maestro. Cualquier discípulo, sea un laico, una laica, un sacerdote, un obispo: la relación prioritaria. Tal vez la primera pregunta que debemos hacer a un cristiano es: ¿Tú te encuentras con Jesús? ¿Le rezas a Jesús? La relación. Casi se podría parafrasear el libro del Génesis: Por tanto, dejará el hombre a su padre y a su madre, y se unirá a Jesucristo, y serán una sola carne. (cf. Gn 2,24).

Quien se deja atraer a este vínculo de amor y de vida con el Señor Jesús, se convierte en un representante suyo, un "embajador", sobre todo con la forma de ser, de vivir. Hasta el punto que Jesús mismo, enviando a los discípulos en misión, les dice: "El que los recibe a ustedes, me recibe a mí; y el que me recibe, recibe a aquel que me envió." (Mt 10,40). Es necesario que la gente pueda percibir que para aquel discípulo, Jesús es verdaderamente "el Señor", es verdaderamente el centro de su vida, el todo de la vida. No importa si después, como toda persona humana, tiene sus limitaciones e incluso sus errores - siempre que tenga la humildad de reconocerlos -; lo importante es que no tenga el corazón doble: esto es peligroso. "Yo soy cristiano, soy discípulo de Jesús, soy sacerdote, soy obispo, pero tengo el corazón doble". No, esto no va. No tiene que tener corazón doble, sino el corazón simple, unido; que no tenga el pie en dos zapatos, sino que sea honesto consigo mismo y con los demás. La doblez no es cristiana, por eso Jesús le reza al Padre para que los discípulos no caigan en el espíritu del mundo. O estás con Jesús, con el Espíritu de Jesús, o estás con el espíritu del mundo.

Y aquí nuestra experiencia de sacerdotes nos enseña una cosa muy bella, una cosa muy importante: es precisamente esta acogida del santo pueblo fiel de Dios, es precisamente aquel "vaso de agua fresca" (v 42), del cual habla el Señor en el Evangelio de hoy, dado con fe afectuosa, que te ayuda a ser un buen sacerdote. Hay una reciprocidad también en la misión: si tú dejas todo por Jesús, la gente reconoce en ti al Señor; pero al mismo tiempo te ayuda a convertirte cada día a Él, a renovarte y purificarte de los compromisos, y a superar las tentaciones. Cuanto más un sacerdote sea cercano al pueblo de Dios, más se sentirá cercano a Jesús, y cuanto más esté cercano a Jesús, tanto más se sentirá cercano al pueblo de Dios.

La Virgen María ha experimentado en primera persona lo que significa amar a Jesús separándose de sí misma, dando un nuevo significado a los lazos familiares, a partir de la fe en Él. Con su materna intercesión, nos ayude a ser misioneros libres y gozosos del Evangelio.

¿Dónde está **la fuente de nuestro descanso y paz**? Dios nos responde hoy en las lecturas. Camino para el descanso interior del alma es acudir a Cristo con humildad (1ª. lectura y evangelio). Camino que nos destruye la paz es el desorden egoísta (segunda lectura).

Todos nos cansamos, necesitamos descanso. Está el **cansancio físico**, propio de nuestro desgaste por el trabajo manual, profesional y ministerial: se cansa el obrero, la madre de familia haciendo las faenas de casa, el profesor dando sus clases, el médico y el enfermero en el hospital, el empresario y el sacerdote, el comunicador y el deportista. Está el **cansancio psicológico y afectivo**, provocado por personas que nos rodean, tal vez en nuestra propia casa, y que no están de acuerdo con nosotros, que no comparten la misma fe y amor, que nos son hostiles o indiferentes; este cansancio nos agobia y gasta nuestras energías. Está el **cansancio espiritual**, permitido por Dios para probar nuestra fe, esperanza y caridad; cuántas veces sentimos cansancio en la fe y en la esperanza. Está el **cansancio moral** de quien lleva a cuestas su conciencia pesada y no logra deshacerse de sus culpas y pecados.

¿Qué hacer con nuestros **cansancios**? Jesús hoy nos llama: *“Vengan a mí todos los que están cansados y agobiados por la carga, y Yo les daré descanso”*. Nos espera en la Eucaristía para fortalecer tus fuerzas espirituales. Nos espera en la confesión para reponer tus fuerzas rotas. Nos espera en la lectura de los santos evangelios para animarte y consolarte. San Pablo nos diría hoy en la segunda lectura: *“No vivan conforme al desorden egoísta, sino conforme al Espíritu”*, es decir, vive una vida honesta y honrada siguiendo los diez mandamientos.

El profeta Zacarías también tiene un consejo para nuestra paz y descanso interior: *“Vive en la humildad”*, pues no hay vicio que más destruya la paz que la soberbia. Si fuéramos un poco más sencillos, no amantes de grandezas, si tuviéramos “ojos de niño” y un corazón más humilde, tendríamos mayor armonía interior, una paz más serena en nuestras relaciones con los demás, una sabiduría más profunda y una fe más estimulante y activa. Seríamos más felices y encontraríamos paz y descanso en Cristo Jesús. Pues en el Reino de Dios se premia la modestia y la humildad. Por el contrario, en los negocios terrenos, con frecuencia vencen el arribismo y la prepotencia; las consecuencias están ante los ojos de todos: rivalidades, abusos, frustraciones.

El Papa Francisco dice que pensemos *“...en Jesús cuando le dan una bofetada: qué humildad, qué mansedumbre. Podía insultar y en cambio ha hecho solo una pregunta humilde y mansa: ¿Por qué me pegas...? Pensemos en Jesús, en su pasión. El profeta dice de Él: ‘como una oveja que va al matadero, no grita nada’*. La humildad. Humildad y mansedumbre: estas son las armas que el príncipe del mundo, el espíritu del mundo no tolera, porque sus propuestas son de poder mundano, propuestas de vanidad, propuestas de riquezas. La humildad y la mansedumbre no las tolera”. Jesús es manso y humilde de corazón...

*“En este mundo no hay lugar para los débiles”*, dice la máxima del mundo, aprendida a sangre y fuego, es la experiencia por muchos de los niños y jóvenes de nuestros tiempos. Estamos en la ley de la selva: el grande se come al pequeño, el fuerte somete al débil y todos buscan sacar provecho del otro. ¿No es cierto que las naciones poderosas explotan los recursos de las naciones pobres? ¿No es verdad que las grandes empresas se van comiendo a las pequeñas hasta dejarlas en la ruina? Lo mismo sucede en los barrios y en las familias. El hombre fuerte, el insensible, el que aplasta, aparece como modelo para la juventud. Por el contrario, Jesús va a contracorriente y parece descontrolarnos con sus frases profundas y cuestionantes: *“gracias Padre, porque has revelado estas cosas a la gente sencilla... aprendan de Mí que soy*

*manso y humilde de corazón”.*

Pero no sólo pensemos en lo que nos puedan hacer, sino también en nuestras opresiones: Dios hoy también nos compromete a ayudar a nuestros hermanos, a ser cireneos, pues muchos de ellos sufren *cansancios* más duros que los nuestros. Démonos tiempo y dialoguemos con esos que están en la cuneta con cansancio del alma y del corazón. Acércate a ellos para ayudarles a llevar ese fardo pesado, como hace Cristo con nosotros. Y sobre todo, no echemos en las espaldas de los otros nuestros sacos de disgustos y reclamos, nuestras rebeldías y enojos. Al contrario, pongamos nuestra espalda para que otros nos carguen sus penas y dolores.

¿Cuáles son mis *cansancios*? ¿Qué hago ante mis *cansancios*? ¿Ayudo a mis hermanos para aliviar sus *cansancios* o les hundo más en ellos? Invoquemos a María santísima, que acoge bajo su manto a todas las personas cansadas y acabadas, para que a través de una fe iluminada, testimoniada con la vida, podamos ser alivio para quienes necesitan ayuda, ternura y esperanza”.

*Diversos tipos ante la Palabra que Dios siembra a diario en el corazón*

El Evangelio nos presenta a Jesús predicando a orillas del lago de Galilea, y dado que lo rodeaba una gran multitud, subió a una barca, se alejó un poco de la orilla y predicaba desde allí. Cuando habla al pueblo, Jesús usa muchas parábolas: un lenguaje comprensible a todos, con imágenes tomadas de la naturaleza y de las situaciones de la vida cotidiana.

La primera que relata es una introducción a todas las parábolas: es la parábola del sembrador, que sin guardarse nada arroja su semilla en todo tipo de terreno. Y la verdadera protagonista de esta parábola es precisamente la semilla, que produce mayor o menor fruto según el terreno donde cae. Los primeros tres terrenos son improductivos: a lo largo del camino los pájaros se comen la semilla; en el terreno pedregoso los brotes se secan rápidamente porque no tienen raíz; en medio de las zarzas las espinas ahogan la semilla. El cuarto terreno es el terreno bueno, y sólo allí la semilla prende y da fruto. (*Homilía de S.S. Francisco, 13 de julio de 2014*).

No es problema del sembrador, que es magnífico. No es problema de la semilla, que tiene la potencia de germinar y dar fruto. El problema es el terreno donde cae esa semilla. Diversos tipos de personas ante la Palabra que Dios siembra a diario en el corazón.

Como Jesús mismo explica a sus discípulos, este sembrador representa al Padre, que esparce abundantemente la semilla de su Palabra. La semilla, sin embargo, se encuentra a menudo con la aridez de nuestro corazón, e incluso cuando es acogida corre el riesgo de permanecer estéril.

Esta parábola habla hoy a cada uno de nosotros, como hablaba a quienes escuchaban a Jesús hace dos mil años. Nos recuerda que nosotros somos el terreno donde el Señor arroja incansablemente la semilla de su Palabra y de su amor. ¿Con qué disposición la acogemos? Y podemos plantearnos la pregunta: ¿cómo es nuestro corazón? ¿A qué terreno se parece: a un camino, a un pedregal, a una zarza? Depende de nosotros convertirnos en terreno bueno sin espinas ni piedras, pero trabajado y cultivado con cuidado, a fin de que pueda dar buenos frutos para nosotros y para nuestros hermanos.

El Papa Francisco en la vigilia de oración con los jóvenes (en Río de Janeiro 2013) los cuestionaba así: Jesús nos dice que las simientes que cayeron al borde del camino, o entre las piedras y en medio de espinas, no dieron fruto. Creo que con honestidad podemos hacernos la pregunta: ¿Qué clase de terreno somos, qué clase de terreno queremos ser?

Quizás a veces somos como el camino: escuchamos al Señor, pero no cambia nada en nuestra vida, porque nos dejamos engañar por tantos reclamos superficiales que escuchamos. Yo les pregunto, pero no contesten ahora, cada uno conteste en su corazón: ¿Yo soy una persona seducida por las voces de las sirenas del mundo?

O somos como el terreno pedregoso: acogemos a Jesús con entusiasmo, pero somos inconstantes ante las dificultades, no tenemos el valor de ir a contracorriente. Cada uno contestemos en nuestro corazón: ¿Tengo valor o soy cobarde?

O somos como el terreno espinoso: las cosas, las pasiones negativas sofocan en nosotros las palabras

del Señor (cf. *Mt* 13,18-22). ¿Tengo en mi corazón la costumbre de jugar a dos aguas, y quedar bien con Dios y quedar bien con el diablo? ¿Querer recibir la semilla de Jesús y a la vez regar las espinas y los cardos que nacen en mi corazón? Cada uno en silencio se contesta.

Hoy, sin embargo, yo estoy seguro de que la simiente puede caer en buena tierra. Pero alguien puede decir: No padre, yo no soy buena tierra, soy una calamidad, estoy lleno de piedras, de espinas, y de todo. Sí, puede que por arriba, pero haz un pedacito, haz un cachito de buena tierra y deja que caiga allí, y vas a ver cómo germina.

No olvidemos que también nosotros, por nuestro bautismo, somos sembradores; y también aquí podemos plantearnos la pregunta: ¿qué tipo de semilla sale de nuestro corazón y de nuestra boca?, ¿Qué he sembrado en mi familia...? (S.S. *Francisco*, 13 de julio de 2014).

Levantemos nuestros ojos hacia la Virgen. Ella nos ayuda a seguir a Jesús, nos da ejemplo con su 'sí' a Dios: "Aquí está la esclava del Señor, que se cumpla en mí lo que has dicho" (*Lc* 1,38). Se lo decimos también nosotros a Dios de todo corazón, junto con María: Hágase en mí según tu palabra



### *El trigo y la cizaña*

Con tres parábolas, Jesús presenta en el Evangelio la situación de la Iglesia en el mundo. La parábola del **grano de mostaza** que se convierte en un árbol indica el crecimiento del Reino, no tanto en extensión, sino en intensidad; **la de la levadura** indica la fuerza transformadora del Evangelio que “levanta” la masa y la prepara para convertirse en pan.

Los discípulos comprendieron fácilmente estas dos parábolas; pero esto no sucedió con la tercera, **la del trigo y la cizaña**, y Jesús tuvo que explicársela a parte: El sembrador, dijo, era él mismo; la buena semilla, los hijos del Reino; la cizaña, los hijos del maligno; el campo, el mundo; y la siega, el fin del mundo.

**¿Por qué permite Dios tanta cizaña -tanto mal- en el campo del mundo? A esa pregunta nos responde la primera lectura de hoy:** *“Al pecador le das tiempo para que se arrepienta”*. Y para eso, Dios nos manda su Espíritu que nos ayuda en nuestra debilidad (segunda lectura). Pero también tenemos que poner nuestra parte: vigilancia, porque el enemigo de nuestra alma no duerme y quiere sembrar también su cizaña en los momentos de somnolencia y despiste por parte nuestra (evangelio).

Es un hecho que Dios día y noche siembra en nuestro corazón semilla excelente de bondad, verdad, belleza, honestidad, justicia, pureza, caridad. Y lo hace apenas entramos con el alma abierta en oración y abrimos la Biblia, o vamos a misa y participamos consciente y fervorosamente de la mesa de la Palabra y de la Eucaristía, o cuando escuchamos atentamente una homilía o asistimos con gusto a un retiro, o estamos sentados departiendo y conversando con buenos amigos, o en medio de un traspies o enfermedad. Dios no duerme nunca.

Por otra parte, también es un hecho que el enemigo de nuestra alma, el diablo, tampoco duerme, y nos acecha y nos rodea como león rugiente, buscando a quién devorar. Él no quiere destruir la buena semilla de Dios, sino que él quiere sembrar su cizaña para que ella crezca y se confunda con la buena semilla, e incluso quiere conquistar esa buena semilla y convertirla en cizaña. Y todo con un único objetivo: perder nuestra alma.

El demonio no quiere que el buen trigo de Dios se expanda por los rincones de este mundo, de las familias, de los corazones. Quiere sembrar la cizaña del odio, de la división, de la mentira, de la deshonestidad, de la injusticia, de la ira, de la ambición, de la insensibilidad e indiferencia delante de tanta pobreza y miseria de muchos hermanos nuestros. Y quiere sembrarla en el campo de la medicina con esos métodos anticonceptivos y abortivos; en el recinto sagrado del matrimonio sembrando la ideología del género y aplaudiendo la legalización de las uniones de personas del mismo sexo; en el campo de la cultura, inoculando el liberalismo y la dictadura del relativismo; hasta se ha metido en la Iglesia santa de Cristo y ha sembrado y provocado durante siglos y siglos herejías y cismas y escándalos.

**¿Cuál es la reacción de Dios delante de la acción del enemigo? Él podría perfectamente arrancar de tajo la cizaña y tapan la boca a Satanás, y ya, pues para eso es omnipotente. Pero no lo hace. Alguna razón tendrá en su corazón; sí, su amor misericordioso. Por una parte, tiene paciencia y misericordia y espera que algún día esa cizaña se convierta en buen trigo, pues Él no quiere la muerte del pecador, sino que se convierta y viva. Por otra parte, también quiere que el buen trigo haga sin parar y con conciencia su trabajo de fermento y se pruebe delante de la cizaña, para que así se fortalezca y crezca más firme y**

convencido. Dios nos quiere libres y respeta nuestra libertad.

Así pues, no nos dejemos aherrojar por las cadenas del mal, sino que vencamos al mal con el bien. Sepamos oponer al mal una acción concreta en favor del bien. Si cada cristiano toma en serio su misión de sembrador, si advierte que la semilla de la Palabra de Dios tiene virtualidad propia para convertirse en árbol frondoso, si entiende que la gracia de Dios es una levadura capaz de fermentar toda la masa, no se quedará ausente en la construcción de este mundo sino hará cuanto esté en su mano para abrir surcos de esperanza a las nuevas generaciones.

Mirando mi corazón, ¿qué abunda: buena semilla o cizaña? Si hay más buena semilla, ¿qué hago para hacerla crecer, regarla, abonarla, derramarla por doquier, con la ayuda de Dios y de su Espíritu? Y si hay cizaña, ¿a qué espero para irla convirtiendo en buena semilla, desde la oración y los sacramentos?



Hoy Cristo nos invita a ser buenos negociantes no sólo en las cosas materiales, sino también y sobre todo en las espirituales (evangelio). Para eso necesitamos el don de la sabiduría (primera lectura). El mejor negocio que podemos llevar a cabo en nuestra vida es reproducir en nosotros la imagen de Cristo (segunda lectura).

Lo importante es que los seguidores de Jesús seamos lo suficientemente listos para descubrir que los valores del espíritu (la virtud, la honradez, la verdad, el trabajo, el amor, la justicia, la fidelidad, la piedad, la fe, la esperanza...) son más importantes que todos los demás y hacer una clara opción por ellos. Otros valores son externos y caducos: el poder, el poseer, el placer y el parecer, que son las máximas del mundo. El mundo nos encandila con cosas llamativas, con baratijas superficiales que no salvan y no dan felicidad auténtica.

Para ello necesitamos pedir a Dios que nos dé sabiduría, como pidió Salomón: *"te pido que me concedas sabiduría de corazón, para que sepa gobernar a tu pueblo y distinguir entre el bien y el mal"*. Nosotros: *"Señor, concédenos un corazón sabio que sepa distinguir entre los verdaderos valores que Tú nos entregaste y los opeles de este mundo engañoso"*. Dios no puede cerrar sus oídos ante semejante petición. Optar por los valores espirituales es invertir bien. Es promesa de éxito y de alegría plena. El que apuesta por los valores seguros no fracasa.

**N**o debemos olvidar que estos valores espirituales son caros. Son tesoros escondidos en el campo del mundo y de la Iglesia, que nos exigen vender todo o mucho y comprar ese campo. Son perlas finas -no hojalata- que no podemos rebajar en el mercado de la vida mundana, sino vender las otras mil chácharas que escondíamos tontamente en el cofre de nuestro interior, para poder adquirir esas joyas. No se trata de renunciar a cosas por ascética o por masoquismo, sino porque eso que compramos son tesoros y perlas que darán sentido pleno a nuestra vida. Muchas veces hay que sacrificar algo para conseguir lo que vale más. Y el valor de los valores es Jesucristo, por el que tenemos que dejar todo lo demás, si Él nos lo pide para dedicarnos a Él y a su Reino en cuerpo y alma. San Agustín diría: *"Ese tesoro es el Verbo-Dios que está escondido en la carne de Cristo"*. Cuando san Pablo encontró este tesoro dijo que todo el resto es pérdida al lado de Cristo.

El papa Francisco el 18 de noviembre de 2013 pedía al Señor que nos salve del "espíritu mundano que lo negocia todo", no solo los valores, también la fe. *Desafortunadamente, muchas veces el Pueblo de Dios prefiere alejarse del Señor ante una propuesta de mundanidad. "Esta es una contradicción: no negocian con los valores, sino con la fidelidad. Esto es el fruto del demonio, del príncipe de este mundo, que nos lleva adelante con el espíritu de mundanidad. Y después, llegan las consecuencias..."*

Hoy día se tiene la voluntad de ser progresistas, hacia el pensamiento único. Hoy se piensa que *"debemos ser como todos, debemos ser más normales, como hacen todos, con ese progresismo adolescente"*. El don de ser hijos de Dios no se puede "vender" por un malentendido sentido de "normalidad", que induce a olvidar su Palabra y a vivir como si Dios no existiera.

También el Papa Francisco enseña que la primera cosa que se debe hacer es preguntarse: *"¿Cuál es mi tesoro?"*. Ciertamente no pueden serlo las riquezas, dado que el Señor dice: *"No acumulen para ustedes tesoros en la tierra, porque al final se pierden"*. Por lo demás, son *"tesoros riesgosos, que se pierden"*; y son también *"tesoros que debemos dejar, no los podemos llevar con nosotros. Nunca vi un camión de mudanzas detrás de un cortejo fúnebre"*. Entonces, ¿cuál es el tesoro que podemos llevar con nosotros al

final de nuestra vida terrena? La respuesta es sencilla: "Puedes llevar lo que has dado, sólo eso. Pero lo que has guardado para ti, no se puede llevar".

**¿Puedo decir con el salmista hoy:** *"Más estimo yo los preceptos de tu boca que miles de monedas de oro y plata"*? ¿Ya vendí todo para comprar esos tesoros de Cristo que la Iglesia me ofrece?: la doctrina santa salida de los labios del mismo Jesucristo, la gracia divina infundida en los sacramentos y que hace de nuestra alma otra perla preciosa, riquísima en virtudes, dones y sagrario del Dios tres veces santo? ¿Quisiera recuperar lo que ya he vendido para comprar el tesoro y la perla? Sería una especie de locura preferir las bagatelas al tesoro y la perla de Cristo y su Iglesia.

*(Cfr. Francisco, 16 de marzo de 2014)*

La liturgia de hoy nos invita a contemplar el rostro del Hijo de Dios que, en la montaña se transfigura delante de Pedro, Santiago y Juan, mientras la voz del Padre proclama desde la nube: "Este es mi Hijo, el amado, mi predilecto. Escuchadlo" (Mc 9, 7). San Pedro, recordando con emoción ese acontecimiento, afirmará: "Hemos sido testigos oculares de su grandeza" (2 P 1, 16).

Allí arriba en el monte, Jesús se muestra a los tres discípulos transfigurado, luminoso, precioso; y después aparecen Moisés y Elías, que conversan con Él. Su rostro es tan resplandeciente y sus ropas tan cándidas, que Pedro se queda estupefacto, tanto que quisiera quedarse así, casi parar ese momento.

Pero enseguida resuena de lo alto la voz del Padre que proclama a Jesús su Hijo predilecto, diciendo: "Escúchenlo" (v.5). Esta palabra es importante, nuestro Padre que ha dicho a estos apóstoles y también nos dice a nosotros 'escuchen a Jesús, porque es mi Hijo predilecto'. Tengamos esta semana esta palabra en la cabeza y en el corazón. Escuchen a Jesús. Y esto nos lo dice Dios Padre, a todos, a mí, a ustedes, a todos, a todos. Escuchen a Jesús, no lo olviden.

Es muy importante esta invitación del Padre. Nosotros, discípulos de Jesús, estamos llamados a ser personas que escuchan su voz y se toman en serio sus palabras. Para escuchar a Jesús, es necesario estar cerca de Él, seguirlo, como hacían las multitudes del Evangelio que le perseguían por las calles de Palestina. Jesús no hacía una cátedra o un púlpito fijo, sino que era un maestro itinerante, que proponía sus enseñanzas, que eran las enseñanzas que le había dado el Padre.

Seguir a Jesús para escucharlo, pero también escuchamos a Jesús en su palabra escrita, en el Evangelio. Una pregunta, ¿ustedes leen todos los días un pasaje del Evangelio? Algunos sí, algunos no. Pero es importante. ¿Ustedes leen el Evangelio? Es bueno, es algo bueno, tener un pequeño Evangelio, pequeño, y llevarlo con nosotros en el bolsillo, en el bolso y leer un pequeño pasaje en cualquier momento del día, tomar del bolsillo el Evangelio y leer algo, un pequeño pasaje. Y ahí está Jesús que nos habla, en el Evangelio. Piensen esto, no es difícil ni tampoco necesario que sean los cuatro, uno de los Evangelios, pequeño, con nosotros siempre el Evangelio, porque es la Palabra de Jesús, para poder escucharlo.

De este episodio de la Transfiguración quisiera coger dos elementos significativos, que sintetizo en dos palabras: subida y bajada. Nosotros necesitamos ir aparte, ir sobre la montaña en un espacio de silencio, para encontrarnos a nosotros mismos y percibir mejor la voz de Señor. ¡Pero no podemos quedarnos ahí! El encuentro con Dios en la oración nos empuja nuevamente a "bajar de la montaña" y volver a lo bajo, en la llanura, donde encontramos a tantos hermanos cansados de fatigas, enfermedades, injusticias, pobreza material y espiritual. A estos hermanos nuestros que están en dificultad, estamos llamados a llevar los frutos de la experiencia que hemos hecho con Dios, compartiendo con ellos los tesoros de gracias recibidas.

Cuando nosotros escuchamos la Palabra de Jesús y la tenemos en el corazón, esa palabra crece, y ¿saben cómo crece? Dándola al otro, la Palabra de Cristo en nosotros crece cuando nosotros la proclamamos, cuando nosotros la damos a los otros. Y esta es la vida cristiana, es una misión para toda la Iglesia, para todos los bautizados, para todos nosotros. Escuchar a Jesús y ofrecerlo a los otros.

No nos olvidemos: el camino de Jesús siempre nos lleva a la felicidad, habrá en medio una cruz o las

pruebas, pero al final nos lleva siempre a la felicidad. Jesús no nos engaña. Nos prometió la felicidad y nos la dará si seguimos su camino. (*S.S. Francisco, Ángelus 1 de marzo de 2015*).

Que Santa María Reina nos enseñe a ver a Jesús en la Eucaristía con ojos de fe, y decirle como Pedro: ¿qué bien se está aquí, Señor? Él nos está esperando para que le encontremos en el sagrario. Él está allí, y se nos transfigurará sólo si estamos dispuestos a seguirle con humildad y amor.

### **La Transfiguración del Señor, mensaje de esperanza**

(*Cfr. Francisco, 2017-8-6*)

Este domingo, la liturgia celebra la fiesta de la Transfiguración del Señor. La página evangélica, lo hemos escuchado, narra que los apóstoles Pedro, Santiago y Juan fueron testigos de este evento extraordinario. Jesús los tomó consigo «y los llevó aparte a un monte elevado» (Mt 17,1) y, mientras oraba, su rostro cambió de aspecto, brillando como el sol, y sus vestiduras se volvieron candidas como la luz. Se les aparecieron entonces Moisés y Elías, y se pusieron a dialogar con Él. A este punto, Pedro dice a Jesús: «Señor, ¡qué bien estamos aquí! Si quieres, levantaré aquí mismo tres carpas, una para ti, otra para Moisés y otra para Elías» (v. 4). No había aún terminado de hablar, cuando una nube luminosa los cubrió.

El evento de la Transfiguración del Señor nos ofrece un mensaje de esperanza – así seremos nosotros, con Él – nos invita a encontrar a Jesús, para estar al servicio de los hermanos.

La subida de los discípulos hacia el monte Tabor nos lleva a reflexionar sobre la importancia de desprendernos de las cosas mundanas, para efectuar un camino hacia lo alto y contemplar a Jesús. Se trata de disponernos a la escucha atenta y orante del Cristo, el Hijo amado del Padre, buscando momentos íntimos de oración que permitan la acogida dócil y gozosa de la Palabra de Dios. En esta elevación espiritual, en este desprendimiento de las cosas mundanas, estamos llamados a redescubrir el silencio pacificante y regenerante de la meditación del Evangelio, de la lectura de la Biblia, que conduce hacia una meta rica de belleza, de esplendor y de alegría. Y cuando nosotros nos ponemos así, con la Biblia en la mano, en silencio, comenzamos a sentir esta belleza interior, esta alegría que nos da la Palabra de Dios en nosotros. En esta perspectiva, el tiempo veraniego es un momento providencial para acrecentar nuestro empeño de búsqueda y de encuentro con el Señor. En este periodo, los estudiantes están libres de las obligaciones escolares y muchas familias realizan sus vacaciones; es importante que en el periodo de descanso y de desapego de las ocupaciones cotidianas, se puedan fortificar las fuerzas del cuerpo y del espíritu, profundizando en el camino espiritual.

Al finalizar la experiencia maravillosa de la Transfiguración, los discípulos bajaron de la montaña (Cfr. v. 9) con los ojos y el corazón transfigurados por el encuentro con el Señor. Es el recorrido que podemos realizar también nosotros. El redescubrimiento siempre más vivo de Jesús no es un fin en sí mismo, sino nos induce a “bajar de la montaña”, recargados por la fuerza del Espíritu divino, para decidir nuevos pasos de auténtica conversión y para testimoniar constantemente la caridad, como ley de vida cotidiana. Transformados por la presencia de Cristo y por el ardor de su palabra, seremos signo concreto del amor vivificante de Dios para todos nuestros hermanos, especialmente para quienes sufren, para cuantos se encuentran en la soledad y

en el abandono, para los enfermos y para la multitud de hombres y de mujeres que, en diversas partes del mundo, son humillados por la injusticia, la prepotencia y la violencia.

En la Transfiguración se oye la voz del Padre celestial que dice: «Este es mi Hijo amado. Escúchenlo» (v.5). Miramos a María, la Virgen de la escucha, siempre dispuesta a acoger y custodiar en su corazón cada palabra del Hijo divino (Cfr. Lc 1,52). Quiera nuestra Madre y Madre de Dios ayudarnos a entrar en sintonía con la Palabra de Dios, para que Cristo se convierta en luz y guía de toda nuestra vida. A Ella le encomendamos las vacaciones de todos, para que sean serenas y proficuas, pero sobre todo por el verano de cuantos no pueden ir de vacaciones porque están impedidos por la edad, por motivos de salud o de trabajo, por restricciones económicas o por otros problemas, para que sea de todos modos un tiempo de distensión, animado por la presencia de amigos y de momentos dichosos.

## Jesús camina sobre las aguas

En el Evangelio que hemos escuchado encontramos a Jesús que, retirándose al monte, ora durante toda la noche. El Señor, alejándose tanto de la gente como de los discípulos, manifiesta su intimidad con el Padre y la necesidad de orar a solas, apartado de los tumultos del mundo. Mientras tanto, la barca “iba ya muy lejos de tierra, sacudida por las olas, porque el viento era contrario” (v. 24), y he aquí que “a la cuarta vela de la noche se les acercó Jesús andando sobre el mar” (v. 25); los discípulos se asustaron y, creyendo que era un fantasma, “gritaron de miedo” (v. 26), no lo reconocieron, no comprendieron que se trataba del Señor. Pero Jesús los tranquiliza: “¡Ánimo, soy yo, no tengáis miedo!” (v. 27).

Este es un episodio, en el que los Padres de la Iglesia descubrieron una gran riqueza de significado: **El mar** simboliza la vida presente y la inestabilidad del mundo visible; **la tempestad** indica toda clase de tribulaciones y dificultades que oprimen al hombre. **La barca**, en cambio, representa a la Iglesia edificada sobre Cristo y guiada por los Apóstoles. Jesús quiere educar a sus discípulos a soportar con valentía las adversidades de la vida, confiando en Dios, en Aquel que se reveló al profeta Elías en el monte Horeb en el “susurro de una brisa suave” (1 R 19, 12).

Pedro movido por un impulso de amor al Maestro, le pidió que le hiciera salir a su encuentro, caminando sobre las aguas. Pero, al sentir la fuerza del viento, le entró miedo, empezó a hundirse y gritó: “¡Señor, sálvame!” (Mt 14, 30). San Agustín, imaginando que se dirige al apóstol, le dice: el Señor “se inclinó y te tomó de la mano. Sólo con tus fuerzas no puedes levantarte. Aprieta la mano de Aquel que desciende hasta ti” (Enarr. in Ps. 95, 7: PL 36, 1233)

Esto no lo dice sólo a Pedro, sino también a nosotros. Pedro camina sobre las aguas no por su propia fuerza, sino por la gracia divina, en la que cree; y cuando lo asalta la duda, cuando no fija su mirada en Jesús, sino que tiene miedo del viento, cuando no se fía plenamente de la palabra del Maestro, quiere decir que se está alejando interiormente de él y entonces corre el riesgo de hundirse en el mar de la vida.

Lo mismo nos sucede a nosotros: si sólo nos miramos a nosotros mismos, dependeremos de los vientos y no podremos ya pasar por las tempestades, por las aguas de la vida. El gran pensador Romano Guardini escribe que el Señor “siempre está cerca, pues se encuentra en la razón de nuestro ser. Sin embargo, debemos experimentar nuestra relación con Dios entre los polos de la lejanía y de la cercanía. La cercanía nos fortifica, la lejanía nos pone a prueba” (Accettare se stessi, Brescia 1992, p. 71).

El Señor, antes aún de que lo busquemos y lo invoquemos, él mismo sale a nuestro encuentro, viene a nosotros para tendernos la mano y llevarnos a Él; sólo espera que nos fiemos totalmente de él, que tomemos realmente su mano. Invoquemos a la Virgen María, modelo de abandono total en Dios, para que, en medio de tantas preocupaciones, problemas y dificultades que agitan el mar de nuestra vida, resuene en el corazón la palabra tranquilizadora de Jesús, que nos dice también a nosotros: “¡Ánimo, soy yo, no tengáis miedo!” y aumente nuestra fe en él.

**¡Señor, aumenta mi fe y mi confianza en ti! Nunca permitas que me mire a mí mismo. Enséñame siempre a caminar en la vida con mi mirada puesta en ti, pues contigo todo lo puedo, a pesar de todas las tempestades y dificultades**

*Mujer, ¡qué grande es tu fe!*

En el texto evangélico que hemos escuchado se nos presenta un singular ejemplo de fe: una mujer cananea, que pide a Jesús que cure a su hija, que “tenía un demonio muy malo”. El Señor no hace caso a sus insistentes invocaciones y parece no ceder ni siquiera cuando los mismos discípulos interceden por ella. Pero, al final, ante la perseverancia y la humildad de esta desconocida, Jesús condesciende: “Mujer, ¡qué grande es tu fe! Que se cumpla lo que deseas” (Mt 15, 21-28).

La cananea, mujer audaz e insistente, pide la curación de su hija, y aunque Jesús le dice: “No es bueno tomar el pan de los hijos y arrojarlo a los perrillos”; sin embargo, la cananea respondió con toda la fuerza de su fe y obtuvo el milagro: “Cierto, Señor, pero también los perrillos comen de las migajas que caen de la mesa de sus señores”. Ante esta respuesta tan humilde, elegante y confiada, Jesús replica: “¡Mujer, grande es tu fe! Hágase contigo como tú quieres” (cf. Mt 15, 21-28).

Jesús señala a **esta humilde mujer como ejemplo de fe** indómita. Su insistencia en invocar la intervención de Cristo es para nosotros un estímulo a no desalentarnos jamás y a no desesperar ni siquiera en medio de las pruebas más duras de la vida. El Señor no cierra los ojos ante las necesidades de sus hijos y, si a veces parece insensible a sus peticiones, es sólo para ponerlos a prueba y templar nuestra fe. San Agustín comenta con razón que “Cristo se mostraba indiferente hacia ella, no por rechazarle la misericordia, sino para inflamar su deseo” (*Sermo 77, 1: PL 38, 483*).

Hay otra mujer aún más humilde y llena de fe, que no sólo nos da ejemplo de oración humilde y perseverante, sino que además intercede por nosotros, María, Madre de Dios y Madre nuestra. Estamos preparando su Fiesta con el novenario...

**Mujer de fe.** El concilio Vaticano II nos presenta a María como modelo de mujer de fe que peregrina a la casa del Padre: “la bienaventurada Virgen avanzó en la peregrinación de la fe y mantuvo fielmente la unión con su Hijo hasta la cruz” (LG 58). Por su parte, san Juan Pablo II enseña, que la Anunciación “es el punto de partida de donde inicia todo el camino de María hacia Dios” (RM 14): un camino de fe que conoce el presagio de la espada que atraviesa el alma (cf. Lc 2, 35), pasa por los tortuosos senderos del exilio en Egipto y de la oscuridad interior, cuando María ‘no entiende’ la actitud de Jesús a los doce años en el templo, pero conserva “todas estas cosas en su corazón” (Lc 2, 51).

**Mujer humilde.** Sobre este título de nuestra Reina del cielo, san Juan Pablo II, el 15 de agosto de 1997 enseñaba que «En el esplendor de la gloria celestial brilla la Mujer que, en virtud de su humildad, se hizo grande ante el Altísimo hasta el punto de que todas las generaciones la llaman bienaventurada (cf. Lc 1, 48). Ahora se halla como Reina, al lado de su Hijo, en la felicidad eterna del paraíso y desde las alturas contempla a sus hijos.

Cuando recemos el Santo Rosario, pongámonos en la presencia de Dios y mientras la boca va repitiendo las oraciones vocales trasladémonos con el pensamiento por ejemplo a Nazaret y consideremos la humildad de la Virgen que al anunciarle el Ángel la divina maternidad responde: ‘he aquí la esclava del Señor’... y así considerar cada uno de los Misterios.

Necesitamos mirar a María, invocarla e imitarla porque Ella es nuestro modelo. Es la Madre de Jesús y de los discípulos de Jesús. “La bienaventurada Virgen María sigue ‘precediendo’ al pueblo de Dios. Su



**excepcional peregrinación de la fe** representa un punto de referencia constante para la Iglesia, para los individuos y las comunidades, para los pueblos y las naciones, y, en cierto modo, para toda la humanidad” (*Redemptoris Mater* 6). **Ella es la estrella del tercer milenio, como fue en los comienzos de la era cristiana la aurora que precedió a Jesús en el horizonte de la historia.**

Para adquirir confianza y dar sentido a la vida, los hombres necesitan encontrarse con Cristo. Y la Virgen es una guía segura para llegar a la fuente de luz y amor que es Jesús: nos prepara para el encuentro con él. El pueblo cristiano ha comprendido sabiamente esta realidad de salvación y, dirigiéndose a la ‘Toda Santa’, con confianza filial la implora así: “Después de este destierro, muéstranos a Jesús, fruto bendito de tu vientre. ¡Oh clemente! ¡Oh piadosa! ¡Oh dulce Virgen María!”.

*Cfr. Papa Francisco. Tú eres Pedro*

“El evangelio de este domingo es la célebre parte central de la narración de san Mateo, cuando Simón en nombre de los doce, profesa su fe en Jesús como “el Cristo, el Hijo del Dios viviente”; y Jesús llama ‘bienaventurado’ a Simón por esta fe que tiene, reconociendo en ésta un don especial del Padre, y le dice: ‘Tú eres Pedro y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia’.

Detengámonos un momento justamente sobre este punto, sobre el hecho que Jesús atribuye a Simón este nuevo nombre: ‘Pedro’, que en el idioma de Jesús se dice ‘Kefa’, una palabra que significa ‘roca’. En la Biblia este término ‘roca’ se refiere a Dios. Jesús lo atribuye a Simón no por sus cualidades o méritos humanos, sino por su fe genuina y sólida que le viene desde lo alto.

Jesús siente en su corazón una gran alegría, porque reconoce en Simón la mano del Padre, la acción del Espíritu Santo. Reconoce que Dios Padre le dio a Simón una fe en la que se puede confiar, sobre la cual Jesús podrá construir su Iglesia, o sea su comunidad. Como en todos nosotros.

Jesús tiene en su ánimo dar vida a su Iglesia, un pueblo fundado no más sobre la descendencia, sino sobre la fe, o sea sobre la relación con Él mismo, una relación de amor y de confianza. Nuestra relación con Jesús construye la Iglesia.

Y, por lo tanto, para iniciar con su Iglesia Jesús tiene necesidad de encontrar en los discípulos una fe sólida, confiable. Es esto lo que Él debe verificar en este punto del camino.

El señor tiene en mente la imagen del construir, la imagen de la comunidad como un edificio. Por ello cuando escucha la profesión de fe simple de Simón, lo llama ‘roca’, y manifiesta la intención de construir su Iglesia sobre esta fe.

Hermanos y hermanas, lo que sucedió de manera única con san Pedro, sucede también con cada cristiano que madura una fe sincera en Jesús el Cristo, el Hijo del Dios viviente.

El evangelio de hoy interpela también a cada uno de nosotros: ¿Cómo va tu fe? Cada uno dé una respuesta en su corazón. ¿Cómo va tu fe, cómo es? ¿Qué encuentra el Señor en nuestro corazón?, un corazón firme como la roca o un corazón arenoso, o sea dubitativo, desconfiado, incrédulo. Nos hará bien durante el día de hoy pensar sobre esto.

Si el Señor encuentra en nuestro corazón una fe, no digo perfecta, pero sincera, genuina, entonces Él ve también en nosotros a piedras vivas con las cuales puede construir su comunidad. De esta comunidad, la piedra fundamental es Cristo, piedra angular y única. Por su parte, Pedro es piedra, en cuanto fundamento visible de la unidad de la Iglesia. Pero cada bautizado está llamado a ofrecer a Jesús la propia fe, pobre pero sincera, de manera que Él pueda seguir construyendo su Iglesia, hoy y en cada parte del mundo.

También en nuestros días la gente piensa que Jesús es un gran profeta, un maestro de sabiduría, un modelo de justicia... Y también hoy Jesús le pregunta a sus discípulos, o sea todos nosotros: ‘¿Quiénes dicen que yo?, ¿un profeta?, ¿un maestro de sabiduría?, ¿un modelo de Justicia?’

**¿Qué responderemos?, pensemos, pero sobre todo recemos a Dios Padre, para que nos dé la respuesta. Por intercesión de la Virgen María pidamos que nos dé la gracia de responder con corazón sincero: Tú eres el Cristo, el Dios vivo. Esta es una confesión de fe, este es el Credo propiamente.** Podemos repetirlo varias veces en un momento de silencio: 'Tu eres el Cristo el hijo del Dios vivo'".

“El Hijo del hombre tiene que padecer mucho, tiene que ser condenado por los senadores, sumos sacerdotes y letrados, ser ejecutado, y resucitar al tercer día”. Fue como un jarro de agua helada ¿A qué viene esa salida de tono con condena, ejecuciones y una incomprensible resurrección que ninguno entendía?

Pedro tal vez animado por su reciente éxito como vimos el domingo pasado, hoy tuvo un ‘gesto’ desafortunado con su Maestro: increpándolo quería salvar a su Salvador. Pero Jesús le responde: ‘apártate de mí, Satanás. Tú piensas como los hombres, no como Dios’. Es un cambio de escena de un dramatismo tremendo. Pedro, que pasa a ser casi al mismo tiempo alguien en quien habla el Padre y ahora Jesús le dice “apártate de mí Satanás”; el hombre es capaz de lo mejor y más bello... y de lo peor y más horrendo. En esa agri dulce y claro-oscura posición nos encontramos todos, siendo tantas veces testigos de la luz y la verdad, o negociantes de la tiniebla y de la mentira... al mejor posterior.

Los hombres pensamos de ordinario *en clave de éxito*, y no de fracaso. Y cuando no viene ese éxito, nos invade la depresión, el desaliento y la tristeza. Preguntemos, si no, al profeta Jeremías en la primera lectura. Profeta del tiempo final del destierro y figura de Jesús en su camino de pasión, y de todo cristiano que quiera ser consecuente con su fe. Era joven y el ministerio que le tocó no era nada fácil: anunciar desgracias, si no cambiaban de conducta y de planes incluso políticos de alianzas. Nadie le hizo caso. Le persiguieron, le ridiculizaron. Ni en su familia ni en la sociedad encontró apoyo. Jeremías sufrió angustia, crisis personal y pensó en abandonar su misión profética. ¡Qué fácil es acomodarse a las palabras de los gobernantes y del pueblo para granjearnos el éxito y el aplauso! Los profetas verdaderos, los cristianos verdaderos, no suelen ser populares y a menudo acaban mal por denunciar injusticias. En esos momentos, miremos a Cristo en Getsemaní.

Los hombres pensamos de ordinario *en clave de poder y ambición*, y no de humildad y desprendimiento. A Pedro no le cabe en la cabeza la idea de la humillación, del despojo, del último lugar. No había entendido que toda autoridad se debe ejercer como servicio, y no como dominio. ¡Le quedaba tanto por madurar! Nos queda tanto por madurar. Pensamos como los hombres y no como Dios. A esto lo llama el Papa Francisco “mundanidad” (*Evangelii gaudium*, nn. 93-97). Y cuando Pedro entendió, afrontó todo tipo de persecuciones, hasta la muerte final en Roma, en tiempos de Nerón, como testigo de Cristo. Los proyectos humanos van por otros caminos, de ventajas materiales y manipulaciones para poder prosperar y ser más que los demás y dominar a cuantos más mejor. Pero los proyectos de Dios son otros.

Los hombres pensamos de ordinario *en clave de comodidad*, y no de cruz. Ni a Pedro ni a nosotros nos gusta la cruz, ya sea física -enfermedades-, moral -abandono, calumnia, incomprensión- o espiritual -noches oscuras del alma que nada ve ni siente; sólo hay un túnel oscuro. ¿A quién le gusta la cruz? Ya nos avisó Jesús. No nos prometió que su seguimiento sería fácil y cómodo. “*Carga con la cruz y sígueme*”. Preferimos un cristianismo “a la carta”, aceptando algunas cosas del evangelio y omitiendo otras. Queremos Tabor, no Calvario. Queremos consuelo y euforia, no renuncia ni sacrificio. La cruz la tenemos, tal vez, como adorno en las paredes o colgada del cuello. Pero que esa cruz se hunda en nuestras carnes y en nuestro corazón, de ninguna manera. La clave para cuando nos visita la cruz de Cristo nos la da san Pablo en la segunda lectura de hoy a los romanos: ofrecernos a Dios como ofrenda viva, santa y agradable a Dios. Sólo así pensaremos como Dios.

También en el evangelio de este domingo resuena una de las palabras más incisivas de Jesús: “El que quiera salvar la propia vida, la perderá; pero el que pierda la vida por mi causa, la encontrará”. Por tanto,

está claro que negarse a sí mismo no es una operación autolesionadora y renunciadora, sino el golpe de audacia más inteligente que podemos realizar en la vida. Pero debemos hacer una precisión: Jesús no nos pide renegar de "lo que somos", sino de "aquello en lo que nos hemos convertido". Nosotros somos imagen de Dios, somos por tanto algo "muy bueno", como dijo Dios mismo en el momento de crear al hombre y la mujer. De lo que tenemos que renegar no es de lo que Dios ha hecho, sino de lo que hemos hecho nosotros, usando mal nuestra libertad. En otras palabras, las tendencias malas, el pecado, todas esas cosas que son como incrustaciones posteriores superpuestas al original.

No tengamos miedo de ir contracorriente, cuando nos quieran robar la esperanza, cuando nos propongan los valores del mundo, que son como una comida descompuesta, y cuando una comida está descompuesta nos hace mal; estos valores nos hacen mal. ¡Debemos ir contracorriente! Acojamos con alegría esta palabra de Jesús. Es una regla de vida propuesta a todos. En este camino nos precede, como siempre, nuestra Madre, la Santísima Virgen María: ella ha perdido su vida por Jesús, hasta la Cruz, y lo recibió en plenitud, con toda la luz y la belleza de la Resurrección. Que María nos ayude a hacer siempre nuestra la lógica del evangelio.

### La corrección fraterna

Hoy Dios nos invita a la *corrección fraterna*. Somos vigías y centinelas (primera lectura) que debemos avisar si se acerca algún peligro para nuestra salvación y la salvación de nuestros hermanos, pues Dios nos pedirá cuenta de nuestro hermano. Cristo, en el Evangelio, nos da pautas para esta *corrección*: primero en particular y en privado; después con ayuda de otro hermano como testigo para que el corregido se dé cuenta que la cosa es seria e importante; y si tampoco el corregido hace caso, hay que decirlo a la comunidad eclesial para decirle que ese hermano no quiere pertenecer a la comunidad. Esta *corrección fraterna* tiene que estar motivada por el amor (segunda lectura), síntesis de toda la ley, y con humildad.

La *corrección fraterna* parece una de las constantes de la pedagogía de Dios ya en el Antiguo Testamento. ¡Cuántas veces tuvo Moisés que corregir, en nombre de Dios, a ese pueblo de dura cerviz, y los mismos profetas! Dios "golpea" para que aprendamos (cf. Jr 2, 30; 5, 3; Ez 6, 9), o para purificarnos (cf. Is 1, 24), o para expiar nuestras culpas (cf. Mi 7, 9). ¡Feliz el hombre a quien corrige Dios! (cf. Job 5, 17). Dios al que ama, reprende (cf. Deut 8, 5; Prov 3, 11). El mismo Dios pide corregir al prójimo (cf. Lev 19, 17).

La *corrección fraterna* la ejerció Jesús con sus apóstoles, con los jefes religiosos y políticos de su tiempo, y con la turba. Jesús corrige a sus discípulos sus miras raquíticas, horizontalistas, humanas, ambiciosas. Jesús corrige la hipocresía de los jefes religiosos, y por querer manipular a Dios. Jesús corrige los desmanes, injusticias y abusos y corrupción de los jefes políticos y les dice que la autoridad es servicio y no dominio. Jesús corrige de la turba su inconstancia, sus caprichos, sus intereses egoístas; muchos le siguen para arrancar curaciones y pan, sin las debidas disposiciones de fe y confianza en Él. Jesús corrige porque ama y porque quiere la salvación de todos.

También nosotros deberíamos poner en práctica esta *corrección fraterna*. Amar al prójimo no es siempre sinónimo de callar o dejarle que siga por malos caminos, si en conciencia estamos convencidos de que es este el caso. Amar al hermano no sólo es acogerle o ayudarle en su necesidad o tolerar sus faltas; también, a veces, es saberle decir una palabra de amonestación y corrección para que no empeore en alguno de sus caminos. Al que corre peligro de extraviarse, o ya se ha extraviado, no se le puede dejar solo.

Si tu hermano peca, no dejes de amarle: ayúdale. Corrección fraterna, primero en nuestra familia, corrigiendo al esposo o esposa, a los hijos, puntos objetivos que tienen que superar. Después, entre nuestros amigos, si nos consta que caminan por malos caminos. Más tarde, en nuestros trabajos, si vemos que hay corrupción, malversación de fondos o engaños. El obispo o el párroco deben ejercer su guía pastoral en la diócesis o parroquia, respectivamente. Y lógicamente también en nuestros grupos y comunidades eclesiales y parroquiales, para que no nos corroan la envidia, la murmuración y las ambiciones. "*Cuando alguno incurra en alguna falta, ustedes, los espirituales, corrijanle con espíritu de mansedumbre, y cuídate de ti mismo, pues también tú puede ser tentado*" (Gal 6, 1).

Pero no olvidemos que, cuando se corrija, hemos de procurar usar de una gran bondad, mansedumbre y miramiento, y de un hondo sentido de la justicia y la equidad. Pero, por otra parte, si somos corregidos alguna vez -pues también nosotros estamos sometidos a toda clase de debilidades-, no nos rebelamos ni tomemos a mal la corrección, sino con buen ánimo, con humildad y sencillez, según las palabras del autor sagrado: "Hijo mío, no menosprecies la corrección del Señor y no te abatas cuando seas por Él reprendido; porque el Señor reprende a los que ama, y castiga a todo el que por hijo acoge" (Hb 12, 5-6; Prov 3, 11-12).

La segunda idea del evangelio de hoy se refiere al gran poder que dio el Señor a los apóstoles. Ellos y sus sucesores (el Papa y los obispos, auxiliados por los sacerdotes) tienen la misión de procurar que los hombres se liberen del pecado. La manera de hacerlo es a través de la predicación y, sobre todo, por el sacramento de la Penitencia o confesión, donde pueden realmente perdonar los pecados en nombre de Dios.

El último tema nos dice que Jesús promete estar con aquellos que le invocan a través de la oración, y que las peticiones serán más eficaces si entre varias personas suplican a Dios en nombre de su Hijo Jesucristo. Apreciemos la oración en familia, pues la familia que reza unida se mantiene unida y fuerte en la fe.

Los conflictos interpersonales son una de las cruces más pesadas que llevamos, porque es difícil perdonar cuando las ofensas y los desaires se van acumulando. Señor, corrígeme con cariño y ternura. Señor, que sepa corregir a mis hermanos con recta intención y por amor. Señor, doy permiso a mis hermanos para que me corrijan lo que en mí vean torcido y no acorde a tu santa voluntad.



*El perdón cristiano: 70 veces 7, o sea siempre*

En el Evangelio de hoy, Pedro pregunta al Señor: "Si mi hermano me ofende, ¿cuántas veces le tengo que perdonar? ¿Hasta siete veces?". Y el Señor le responde: "No te digo hasta siete veces, sino hasta setenta veces siete" (Mt 18,21-22); es decir, Si tu hermano peca contra ti siete veces y las siete veces te dice: "Me he arrepentido, soy un pecador", tú le perdonarás.

Perdonar es algo serio, humanamente difícil, si no imposible. No se debe hablar de ello a la ligera, sin darse cuenta de lo que se pide a la persona ofendida cuando se le dice que perdone. Junto al mandato de perdonar hay que proporcionar al hombre también un motivo para hacerlo. Es lo que Jesús hace con la parábola del rey y de los dos siervos. Por la parábola está claro por qué se debe perdonar: ¡porque Dios, antes, nos ha perdonado y nos perdona! Nos condona una deuda infinitamente mayor que la que un semejante nuestro puede tener con nosotros. ¡La diferencia entre la deuda hacia el rey (diez mil talentos) y la del colega (cien denarios) se corresponde a la actual de tres millones de dólares y unos pocos centavos!

San Pablo ya puede decir: "Como el Señor les ha perdonado, hagan así también ustedes" (Col 3,13). Está superada la ley del talión: "Ojo por ojo, diente por diente". El criterio ya no es: "Lo que otro te ha hecho a ti, házselo a él"; sino: "Lo que Dios te ha hecho a ti, házselo tú al otro". Jesús no se ha limitado, por lo demás, al mandarnos perdonar; lo ha hecho Él primero. Mientras le clavaban en la cruz rogó diciendo: "Padre, ¡perdónales, porque no saben lo que hacen!" (Lc 23,34). Es lo que distingue la fe cristiana de cualquier otra religión.

Alguno podría objetar: ¿perdonar setenta veces siete no representa alentar la injusticia y dar luz verde a la prepotencia? No; el perdón cristiano no excluye que puedas también, en ciertos casos, denunciar a la persona y llevarla ante la justicia, sobre todo cuando están en juego los intereses y el bien incluso de otras personas. El perdón cristiano no ha impedido, por poner un ejemplo cercano a nosotros, a las viudas de algunas víctimas del terror o de la mafia buscar con tenacidad la verdad y la justicia en la muerte de sus maridos.

Pero no hay sólo grandes perdones; existen también los perdones de cada día: en la vida de pareja, en el trabajo, entre parientes, entre amigos, colegas, conocidos. ¿Qué hacer cuando uno descubre que ha sido traicionado por el propio cónyuge? ¿Perdonar o separarse? Es una cuestión demasiado delicada; no se puede imponer ninguna ley desde fuera. La persona debe descubrir en sí misma qué hacer.

Pero puedo decir una cosa. He conocido casos en los que la parte ofendida ha encontrado, en su amor por el otro y en la ayuda que viene de la oración, la fuerza de perdonar al cónyuge que había errado, pero que estaba sinceramente arrepentido. El matrimonio había renacido como de las cenizas; había tenido una especie de nuevo comienzo. Cierto: nadie puede pretender que esto pueda ocurrir, en una pareja, "setenta veces siete".

Debemos estar atentos para no caer en una trampa. Existe un riesgo también en el perdón. Consiste en formarse la mentalidad de quien cree tener siempre algo que perdonar a los demás. El peligro de creerse siempre acreedores de perdón, jamás deudores. Si reflexionáramos bien, muchas veces, cuando estamos a punto de decir: ¡¡Te perdono!!, cambiaríamos actitud y palabras y diríamos a la persona que tenemos enfrente: "¡Perdóname!". Nos daríamos cuenta de que también nosotros tenemos algo que hacernos

perdonar por ella. Aún más importante que perdonar es pedir perdón.

**¿Realmente somos conscientes de lo que rezamos en el padrenuestro? ¿Tenemos un corazón magnánimo, fácil en perdonar? Si el hijo pródigo, al volver a casa, se hubiera encontrado con nosotros, en vez de encontrarse con su padre, ¿hubiera terminado igual la historia? Si no perdonamos fácilmente, ¿no será que nos acercamos poco al sacramento de la reconciliación? El que se sabe perdonado, perdona más fácilmente. Cuando perdonamos, ¿es como si tiráramos una limosna, “con aires de perdonavidas”, o por el contrario, queremos imitar el perdón de Dios?**

Señor, quiero contemplar tu corazón siempre dispuesto a perdonar para aprender de ti. Señor, hazme un trasplante de corazón o ponme un marcapasos para que perdone al ritmo tuyo. Señor, limpia mis venas, obturadas por tanto rencor, odio y resentimiento. Señor, que siempre esté dispuesto a perdonar a mi hermano cuando me ha ofendido, y a pedir perdón cuando le he ofendido.

## LA PARÁBOLA DEL PROPIETARIO DE LA VIÑA

En el evangelio de hoy (cf. Mt 20, 1-16) Jesús cuenta la parábola del propietario de la viña que, en diversas horas del día, llama a jornaleros a trabajar en su viña. Y al atardecer da a todos el mismo jornal, un denario, suscitando la protesta de los de la primera hora. Es evidente que este denario representa la vida eterna, don que Dios reserva a todos. Más aún, precisamente aquellos a los que se considera “últimos”, si lo aceptan, se convierten en los “primeros”, mientras que los “primeros” pueden correr el riesgo de acabar “últimos”.

Por consiguiente, Jesucristo NO nos está hablando aquí de la justicia distributiva, ni de salarios, ni de nada de eso. Recordemos, que Cristo comienza la parábola con estas palabras: “El Reino de los cielos se parece a un propietario que...”. Aquí está el tema: nos está hablando del Reino de los cielos. Es decir, de la posibilidad de ser de aquellos que reciben la redención traída por Jesús. Dicho en otras palabras, se trata de nuestra salvación, de esa que Cristo vino a traernos con su venida a la tierra y que continuará a lo largo de los siglos a través de su Iglesia. **Desde aquí podemos fijarnos en los siguientes puntos:**

**Un primer mensaje de esta parábola es que el propietario no tolera, por decirlo así, el desempleo:** quiere que todos trabajen en su viña. Y, en realidad, ser llamados ya es la primera recompensa: poder trabajar en la viña del Señor, ponerse a su servicio, colaborar en su obra, constituye de por sí un premio inestimable, que compensa por toda fatiga. Pero eso sólo lo comprende quien ama al Señor y su reino; por el contrario, quien trabaja únicamente por el jornal nunca se dará cuenta del valor de este inestimable tesoro.

**El segundo punto que toca la parábola sería el problema de la postura de los judíos y de los paganos, o de los justos y los pecadores,** de cara a la salvación anunciada por Jesús. En efecto, el problema que afronta Jesús en la parábola es qué lugar o posición tendrán los hebreos y los paganos, los justos y los pecadores, en relación con este mensaje salvífico que Él vino a anunciar. Éste era un tema muy candente en los tiempos de Cristo: los escribas y fariseos –que se creían los ‘justos’ y los predilectos del pueblo judío–, ¿tenían que creer en la predicación del Bautista o no?, ¿tenían que hacer caso a las enseñanzas de Cristo o era éste un ‘falso profeta’ a quien ellos podían juzgar y condenar libremente? ¡Esto fue precisamente lo que hicieron éstos con nuestro Señor! En cambio, los publicanos, los pecadores y las prostitutas –a quienes los fariseos despreciaban como judíos de ‘segunda clase’ y como gente perversa y ‘maldita’–, éstos, sí creyeron en Cristo y se convirtieron...

A esta luz profundicemos en la parábola: los jornaleros de primera hora de la mañana son los fariseos, y los de la última hora vespertina son los pecadores. Los mañaneros son el antiguo Israel, y los postreros somos los que formamos la Iglesia de Cristo. Éste es el sentido de las palabras del Maestro: “Los primeros serán los últimos, y los últimos serán los primeros”. ¿Por qué? Porque aquéllos no abrieron su corazón a Cristo. Nuestro Señor no nos hace ninguna injusticia. Más bien, ¡somos nosotros los afortunados! Y es que el premio de la acogida que damos a Cristo no puede ser sino uno solo, igual para todos: el denario de la gloria y de la felicidad eterna. Pero, una vez abrazada la fe, ya la recompensa será diversa para cada uno, como dice san Pablo: “Dios dará a cada uno según sus obras” (Rom 2,6).

**Un tercer elemento que contiene la parábola es una enseñanza de orden espiritual de la máxima importancia:** Dios llama a todos y llama en todas las horas. El problema, en suma, es la llamada, y no tanto la

recompensa. Esta es la forma con que nuestra parábola fue utilizada en la exhortación de Juan Pablo II sobre 'la vocación y misión de los laicos en la Iglesia y en el mundo' (*Christifideles laici*). "Los fieles pertenecen a ese pueblo de Dios que está prefigurado por los obreros de la viña... Vayan también ustedes a mi viña. La llamada no se dirige solo a los pastores, los sacerdotes, los religiosos y las religiosas, sino que se extiende a todos. También los fieles laicos son llamados personalmente por el Señor" (Cfr. 1-2).

**Y finalmente, el problema del desempleo.** A la pregunta del propietario: "¿Por qué estáis aquí todo el día parados?", los trabajadores contestan: "Es que nadie nos ha contratado". Esta respuesta podría ser dada hoy por millones de desempleados.

Jesús no era insensible a este problema. Si describe tan bien la escena es porque muchas veces su mirada se había posado con compasión sobre aquellos grupos de hombres sentados en el suelo, o apoyados en una tapia, en espera de ser contratados. Ese propietario sabe que los obreros de la última hora tienen las mismas necesidades que los otros, también ellos tienen niños a los que alimentar, como los tienen los de la primera hora. Dando a todos la misma paga, el propietario muestra no tener sólo en cuenta el mérito, sino también la necesidad. La parábola de los obreros de la viña nos invita a encontrar un equilibrio más justo entre las dos exigencias del mérito y de la necesidad.

Juan Pablo II mencionó que la laboriosidad es una virtud porque "el trabajo hace que el hombre se haga más hombre". Descubramos, pues, el valor de nuestros trabajos. Los trabajos en la sociedad, en la vida profesional, en la vida pública; pero también, descubramos la importancia de nuestros trabajos domésticos en la construcción de la propia familia. Cada momento es importante. Cada tarea es irrepetible; cada gesto es un mensaje, cada palabra, un anuncio. "Al final de la vida sólo queda lo hecho por Dios y por los hombres".

Que Nuestra Madre... nos ayude a responder siempre y con alegría a la llamada del Señor y a encontrar nuestra felicidad en poder trabajar por el reino de los cielos.